CAZATESOROS





Primera edición: octubre de 2014

Título original en inglés: Treasure Hunters

Diseño de cubierta: Sasha Illingworth Ilustraciones: Juliana Neufeld Adaptación de cubierta: Book and Look Maquetación: Xavier Peralta

Edición: David Sánchez Vaqué Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats Traducción: Marcelo E. Mazzanti

© 2013 James Patterson © 2013 Hachette Book Group, Inc, de la cubierta © 2014 La Galera, SAU Editorial, de la edición en lengua castellana

"Novela Gráfica" es un sello de la editorial La Galera

La Galera, SAU Editorial Josep Pla, 95 – 08019 Barcelona www.lagaleraeditorial.com lagalera@lagaleraeditorial.com

Esta edición ha sido publicada con permiso de Little, Brown and Company, Nueva York, EE.UU. Todos los derechos reservados.

> Impreso en EGEDSA Roís de Corella 16 08205 Sabadell

Depósito legal: B-18.029-2014 Impreso en la UE ISBN: 978-84-246-5221-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocpia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.





CAZATESOROS

POR JAMES PATTERSON

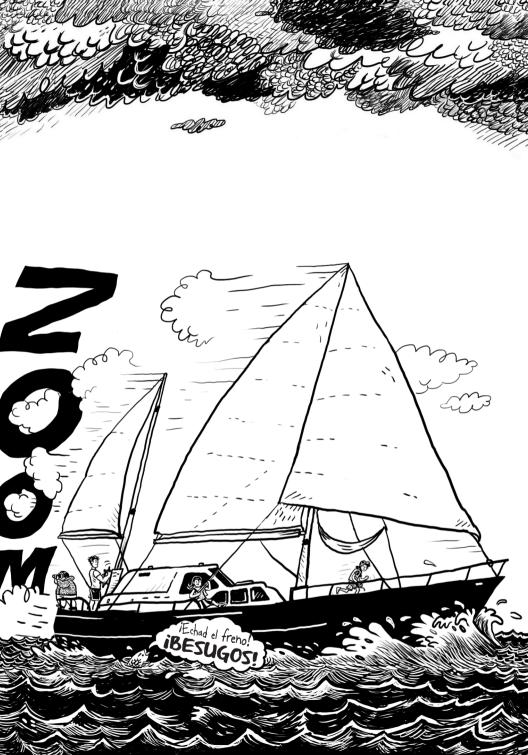
Y CHRIS GRABENSTEIN, CON MARK SHULMAN

ILUSTRACIONES DE
JULIANA NEUFELD

TRADUCCIÓN DE MARCELO E. MAZZANTI

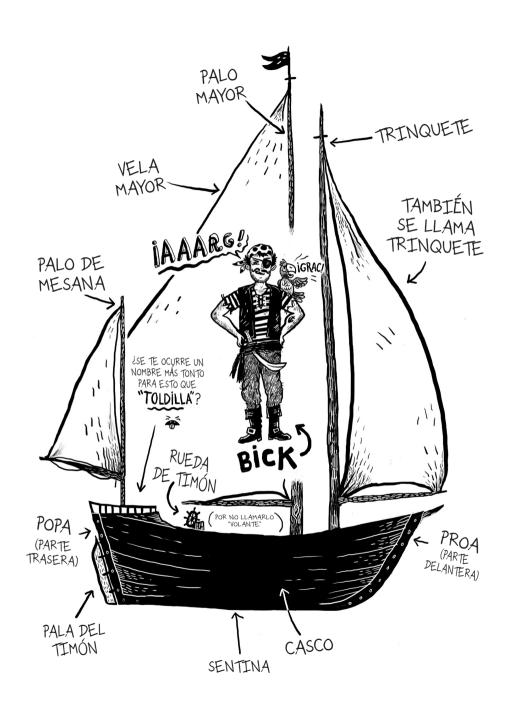








A Owen Ellington Pietsch —JP



UNA BREVE NOTA DE BICK KIDD

Q ue lo sepas: yo soy el que va a contar esta historia, pero mi hermana gemela Beck (que tiene un montón de talento y debería ir a una escuela de dibujo o exponer en un museo o algo así) es la que se encargará de los dibujos. Como el que ves aquí a la izquierda.

Te digo esto de entrada porque, aunque seamos gemelos, Beck y yo no siempre vemos las cosas exactamente igual. Por ejemplo, yo no soy como ella me dibuja. Tengo doce años. No llevo bigote ni parche. No te creas todo lo que veas.

Vale, Beck dice que tampoco te creas todo lo que te cuente yo. Pues vale. Pues muy bien. ¿Podemos seguir con la historia? Genial.

¡Agárrate fuerte, que la cosa va a ponerse movidita! (Y muy, muy húmeda).

PRÓLOGO PERDIDOS EN EL MAR





La última vez que vi a mi padre estábamos en cubierta, preparando el barco para soportar lo que parecía una tormenta perfecta.

Se la llama así, pero solo es «perfecta» si la tormenta eres tú. En cambio, si eres una de las personas a las que pilla en cubierta y les hace dar más vueltas que un calcetín en una lavadora, entonces no te parecerá tan «perfecta».

Acabábamos de quitar y plegar las velas para poder navegar «a palo seco» (de ahí viene la expresión).

—¡Al timón! —papá rugió a mi hermano mayor, Tommy Tumbos—. ¡Vira a sotavento y clávalo!

-;Voy!





Tommy dio un buen golpe a la rueda de timón y puso la proa a sotavento. Ató una cuerda elástica a los radios de madera, para mantener el rumbo.

—Y ahora bajad, chicos. Cerrad las escotillas. Ayudad a vuestras hermanas a bombear el agua.

Tommy se agarró a lo que pudo para mantenerse en pie y bajar hasta el camarote.

Justo entonces, una ola monstruosa se alzó desde babor y me hizo caer. Me deslicé por la lustrosa cubierta como un disco de hockey por el hielo. Me habría caído por la borda de no ser porque papá me pudo agarrar medio segundo antes de que yo me convirtiera en pasto de tiburones.

- —¡Ve abajo, Bick! —me gritó mientras cada gota de lluvia le golpeaba la cara con toda la fuerza de la tormenta.
- —¡No! —yo también grité—. Quiero quedarme aquí arriba y ayudarte.
- —¡Más me ayudarás conservando la vida y asegurándote de que el *Perdido* no se hunda, así que date prisa y abajo!
 - —P-p-pero...
 - -¡Vete!

Me dio un suave empujón para ayudarme a atravesar la tambaleante cubierta. Cuando llegué al camarote, me cogí a un asa y me di impulso para atravesar la puerta. Tommy ya había bajado a la sala de máquinas para ayudar con las bombas de achique.

De repente, de babor recibimos una especie de mazazo de agua salada que hizo que todo el barco se tambaleara hacia la izquierda. Oí el ruido de la madera partiéndose. El golpe fue tan fuerte que me hizo volar contra la pared.

Entonces supe que íbamos a naufragar.

Pero, en vez de eso, el *Perdido* se estabilizó, aunque dando más bandazos que una ballena recién varada en la playa.

En cuanto volví a pisar el suelo, empujé la escotilla para cerrarla. Tuve que apoyar todo mi peso contra ella. Las olas seguían golpeando. Era como si el agua llamara a la puerta, pidiendo permiso para entrar, pero a lo bestia.

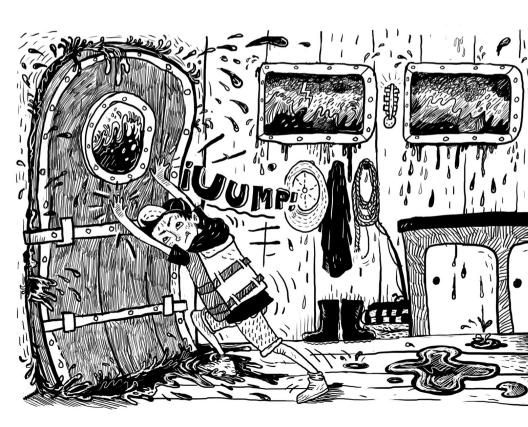
Yo no pensaba permitirlo. No mientras pudiera hacer algo por impedirlo.

Eché el pestillo a la puerta para que quedara bien cerrada.

Por supuesto, volvería a abrir en cuanto papá acabara lo que fuera que tuviera que hacer en cubierta y consiguiese llegar hasta el camarote. Pero de momento tenía que evitar que le entrara más agua al *Perdido*.

Si es que eso era posible.

El mar siguió golpeando. El *Perdido* siguió resistiendo. La tormenta siguió filtrando agua por cada obertura y cada rendija que encontraba.



¿Y yo? Pues a mí me entró el pánico. Estábamos con el agua al cuello, casi literalmente. Podía ser nuestro final.

Ya me veía ahogándome en el mar.

¿Con doce años eres demasiado joven para morir? El mar Caribe parecía creer que no.





Esperé y esperé, pero papá no consiguió llegar a popa y a la puerta del camarote.

A través de las ventanillas vi las olas chocar contra la proa. Vi cómo el cielo se volvía cada vez más oscuro. Vi cómo un flotador se soltaba de su soga y salía volando como un frisbee con forma de dónut.

Lo que no vi fue a papá.

De repente me di cuenta de que tenía los calcetines empapados del agua de mar que cubría el suelo. Y eso que yo estaba en cubierta.



—¡Beck! ¡Tommy! ¡Storm! —llamé.

Mis hermanas y hermano se encontraban en las cabinas inferiores y las salas de máquinas, sin duda aún más anegadas.

¡Estaban atrapados ahí abajo!

Bajé los cuatro grandes escalones tan rápido como pude. Primero el agua me llegaba a los tobillos, después a las rodillas, después a los muslos, y finalmente



a la cintura. ¿Alguna vez has intentado correr dentro de una piscina, en la parte donde haces pie? Pues así estaba yo.

Pero tenía que encontrar a mi familia. O lo que quedara de ella.

Empecé a abrir desesperadamente cada puerta que encontraba.

No estaban en la sala de máquinas, ni en la

cocina, ni en el camarote de mis padres. Y sabía que no podían estar en la Sala: la puerta de acero estaba cerrada a cal y canto y teníamos totalmente prohibido entrar.

Seguí abriéndome camino hacia adelante mientras las olas tiraban y empujaban el barco a ambos lados. Todo lo que no estaba atornillado al suelo daba golpes estruendosos contra las paredes. Dentro de los cajones, las latas de comida se daban con gran estruendo contra los platos, que a su vez hacían caer las tazas de café.

Empecé a aporrear las paredes del estrecho pasillo con los dos puños. Ahora el agua me llegaba al pecho.

—¡Eh, chicos! ¡Tommy, Beck, Storm! ¿Dónde estáis?

Nadie contestó.

Seguro que lo que pasaba era que no me oían: la tormenta tropical de fuera gritaba mucho más fuerte que yo.

Una puerta se abrió de repente frente a mí.

Tommy, que tenía diecisiete años y unos músculos abultados como solo se consiguen habiendo vivido toda la vida en un barco, había forzado la puerta de un golpe de hombro.

- -¿Dónde está papá? -gritó.
- -¡No lo sé! —le grité yo también.

Justo entonces, Back y mi hermana mayor, Storm, salieron dando tumbos de su camarote, inundado del todo. Había un par de gafas 3D flotando en el agua. Beck las cogió y se las puso. Las llevabas puestas casi en todo momento desde que mamá había desaparecido.



—¿Papá llevaba atada la cuerda de seguridad? —preguntó Storm; sonó tan asustada y preocupada como lo estaba yo.

No pude hacer más que negar con la cabeza.

Beck me miró y, aunque las gafas 3D le cubrían los ojos, me di cuenta de que estaba pensando lo mismo que yo. Son cosas que pasan entre hermanos gemelos.

Los dos estábamos totalmente seguros de que papá no estaba.

Por una razón muy clara: en la cubierta, todo lo que no estaba atado había salido volando.

Las caras tristes de Storm y Tommy mostraban a las claras que ellos pensaban lo mismo. Quizás hubieran visto por alguna escotilla cómo pasaba volando el flotador.

Temblando ligeramente, nos juntamos todos en un círculo y nos abrazamos fuerte.

Nosotros cuatro éramos todo lo que quedaba de la familia.

Tommy, que llevaba más tiempo que los demás viviendo en barcos, empezó a murmurar una vieja oración marinera:

—Dios nos espera a la proa, pero no iremos con ella ahora...

Quise pensar que así sería... pero presentía que la Muerte no iba a aceptar un no por respuesta.

FIN

